

LAUDATIO A ANTONIO DÍAZ ZAMORA

Roberto Lisart¹

<Hay un elemento que no se puede despreciar jamás en la enseñanza –aún en esta época de computadoras- y es, a saber, el elemento hombre, o sea el elemento profesor. De nada vale crear hermosas disciplinas, hermosas teorías, planes ambiciosos, si luego no hay profesores que sepan desarrollarlos. En esta época de política educacional se está olvidando lo más esencial: que hacen falta profesores. [...] No deben olvidarse estos esfuerzos, porque el trabajo de un hombre, por modesto que sea, vale cien veces más que las planificaciones surgidas de cerebros seriados, por muy privilegiados que fueran utópicamente tales cerebroides.>

José María Rodríguez Méndez. *La enseñanza teatral*²



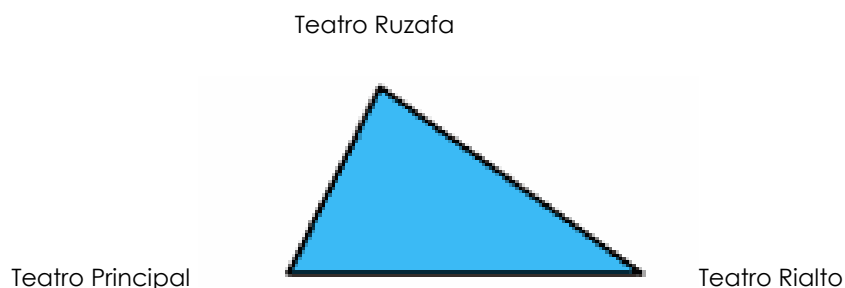
De entre los docentes del teatro no hay nadie, tocante a intensidad en la dedicación, resultados pedagógicos, discípulos de postín o alumnos aventajados, que pueda superar —ni por asomo— la increíble trayectoria artística del catedrático de Interpretación Antonio Díaz Zamora. Su larga entrega en la Escuela Superior de Arte Dramático de Valencia traza un camino sinuoso, brillante y firme, plagado de resistencias, de alguno brote de guerra civil, las más de las veces estacional e incruenta, de infructuosas conspiraciones conventuales, de intensa pasión académica y de alguna que otra defeción temporal, porque digámoslo ya sin tapujos, para empezar a tratar este asunto laudatorio, que requiere de cierta pericia del terreno, la Escuela de Arte Dramático es un cenobio franciscano en los confines del Camino de Vera de armas tomar. Estamos pues, siguiendo nuestra lógica conventual en este singular refectorio, elegido por los productores de esta función para esta cena de homenaje y debo admitir que es el marco adecuado para que el profesor Díaz Zamora, incida y reflexione esta noche, sosegado y feliz, sobre un pasado asumido plenamente, presente en nuestra

¹ Licenciado en Arte Dramático por la ESAD [1978-1982]

² Rodríguez Méndez, José María. *La enseñanza teatral*. En: *Comentarios impertinentes sobre el teatro español*. Ediciones de bolsillo, Península Edicions 62, Barcelona, 1972, pp. 204-205.

LAUDATIO AL PROFESOR ANTONIO DÍAZ ZAMORA, CON MOTIVO DE SU JUBILACIÓN COMO CATEDRÁTICO DE INTERPRETACIÓN DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARTE DRAMÁTICO DE VALENCIA, 22 DE NOVIEMBRE DE 2012.

memoria, un pasado que debe proyectar hacia la incesante búsqueda de la excelencia artística y que nunca se acaba en una jubilación. Esta nueva situación administrativa debe ser en realidad la liberación de las cortapisas que siempre impone la orden franciscana y debe centrarse en proceder a una nueva apoteosis artística, salvaje y libre hasta llegar a la extenuación si es preciso. Antonio está en estos momentos sentado, en este salón del Hotel Reina Victoria y está incrustado en un triángulo escaleno, cuyos vértices trazan el área comprendida por los teatros, Ruzafa, Rialto y Principal, espacios vitales de resonancias míticas para este artista, que no agota su trayectoria en estas salas.



En una entrevista, Díaz Zamora responde con al incisivo periodista Julio A. Mañez³, sin esconderse en artificios evasivos, sobre algunas incómodas cuestiones éticas, relativas al ejercicio de la profesión teatral: *“El teatro sin riesgo es un juego burdo, un engañabobos, un narcisismo vacío. Llega un momento en que no sabes si eres tú el que elige a los autores o son ellos los que —como por arte de magia— te han elegido. Mi respeto por el público es total. Lo aprendí en el Ruzafa, un teatro dedicado a la revista”*. Es esta actitud de búsqueda y de sentido del riesgo, asumido en la propia elección de textos incómodos, la primera motivación para un encuentro que resultará decisivo entre este director y para la troika de la Generación Realista. Esta generación teatral y su proyección nacional no se hubiera producido en la misma proporción sin la intervención de Díaz Zamora y consigue que sus maestros (Olmo-Enciso, Rodríguez Méndez y Martín Recuerda) practiquen un peregrinaje habitual hacia Valencia desde Madrid, Barcelona y Granada, para ver ensayos y estrenos.

Díaz Zamora es el director escénico y pedagogo de mayor recorrido y repercusión en el teatro valenciano contemporáneo. Debuta como director, insultantemente joven, en 1962, en el Teatro de Cámara del *Ateneo Mercantil* de Valencia, que también está en el área de este triángulo, y donde dirige textos de Cervantes, Lope de Vega, y Moreto. Desde ese primer estreno han pasado tantas cosas que es imposible, por ser inadecuado tratamiento el poder reseñarlas aquí, pero si quiero recordar que recientemente, en octubre de 2008, armó un taco en el Teatro Talía con *Tres sombreros de copa*, de Miguel Mihura, producción de *Teatres de la Generalitat Valenciana* y que después de dos meses de programación, agotadas las localidades, tuvo el

³ Mañez, Julio A. El País, Ed. Valencia, 27 Octubre 2008.

LAUDATIO AL PROFESOR ANTONIO DÍAZ ZAMORA, CON MOTIVO DE SU JUBILACIÓN COMO CATEDRÁTICO DE INTERPRETACIÓN DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARTE DRAMÁTICO DE VALENCIA, 22 DE NOVIEMBRE DE 2012.

recorrido suficiente para una reposición en 2009 de tres meses adicionales. El éxito de Antonio con *Mihura* es de tal calibre que la dirección de Teatros de la Generalitat adoptó la decisión normalizada en la política cultural valenciana, que tiene un axioma infalible: **EN CASO DE GRAN ÉXITO NO VOLVER A CONTRATAR**, bajo ningún concepto y así lo han hecho.



Pese a la implacable eficacia que muestran las redes de la infamia en Valencia, Antonio ha conseguido burlar a las bandas de mediocres en varias ocasiones. El éxito de Antonio en la taquilla del Teatro Talía no es cosa frecuente, de hecho en esa magnitud no se había repetido en Valencia desde

que en 1973, estrenó *Las salvajes en Puente San Gil*, apenas una calle más abajo de la de Caballeros, en la mítica sala *Quart 23*, cuando Antonio mantuviera en vilo a media Valencia, también durante tres meses, con las famosas *Salvajes* de Martín Recuerda. Catedrático de Interpretación de la *Escuela Superior de Arte Dramático*, primer Director del *Centre Dramàtic de la Generalitat Valenciana*, recurrente *Pigmalió*n de varias generaciones de profesionales del teatro. Es el referente y estímulo permanente de incontables vocaciones profesionales. Un caso sin parangón en el teatro valenciano de los últimos doscientos años. Díaz Zamora se ha pasado la vida dando clases de interpretación a varias generaciones de alumnos, primero en su propia Academia, y desde 1978 en la *Escuela Superior de Arte Dramático de Valencia*. Concepción Aldás, profesora del antiguo programa de estudios de *Declamación*, convenció a los prohombres del Conservatorio de Música de que no podían seguir en la sección de Arte Dramático alimentado la hierática y redicha dicción decimonónica y consiguió dar por concluido y extinguir el plan de estudios de 1943. Concha consigue adentrarse en la transición educativa, con la contratación de Díaz Zamora como catedrático interino de Interpretación y la creación de nuevas plazas y de asignaturas siguiendo un programa de estudios que atiende a un modelo de corte europeo y de confección valenciana. Pero antes de todo esto ya habían pasado muchas cosas porque Antonio, —es como siempre le hemos llamado todos— vivió su infancia en un teatro propiedad de su familia desde hacía décadas, es director escénico precoz y obtuvo resonantes éxitos en el ámbito del teatro universitario, también en el primer teatro profesional del tardo franquismo, un teatro de agitación y de convulsión social, que afronta a la vez todas las deficiencias y problemas estructurales para lograr emerger desde la nada más absoluta. En realidad Díaz Zamora es un luchador incansable que trabaja todos los días a veces de forma insensata para su salud. Es un artista inabarcable en toda su riqueza, surtidor de un inagotable caudal del agua procelosa en el manantial del Parnaso.

Antonio posee un archivo personal de documentación teatral ingente. Su práctica diaria y su carrera entera están en ese fondo que guarda o

LAUDATIO AL PROFESOR ANTONIO DÍAZ ZAMORA, CON MOTIVO DE SU JUBILACIÓN COMO CATEDRÁTICO DE INTERPRETACIÓN DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARTE DRAMÁTICO DE VALENCIA, 22 DE NOVIEMBRE DE 2012.

esconde con celo, porque él lo guarda todo, pero todo, —absolutamente todo— y adivino que el material debe estar clasificadito a la antigua usanza, todo guardado en fichas y carpetas, como debe ser. Desde aquí le animo a que implique a la persona más preparada para que afloren varios libros de teatro que se nos deben a todos, principalmente por falta de tiempo. Este mediador necesario para qué se nos pueda contar que pasó en el Ruzafa, en la Universidad, en el Centre Dramàtic y en la propia Escuela, no es otro que el ensayista y crítico teatral Enrique Herreras. Antonio siempre está lúcido y lleno de ideas que deberíamos anotar más a menudo, para que no se evaporen. En una sociedad normalizada Antonio Díaz Zamora debería estar dirigiendo, cuanto menos, una producción al año con regularidad, sin que ello supusiera abandonar su dedicación permanente a la cátedra de Interpretación. Pero la sociedad valenciana tiene bien estructurados unos mecanismos suicidas que funcionan a la perfección y que consisten básicamente en proceder con estrépito a la destrucción de todo el que despunta, un mecanismo de oprobio sistemático que consiste en aplicar una ruindad de la que nadie se escapa: artista que destaca se le apuñala, sin contemplaciones, entre el aplauso general.



Debemos señalar —en detrimento de su carrera— que Antonio no se ha acoplado nunca a los designios de la política valenciana, sencillamente porque no le da la gana. Ha ignorado abiertamente con desprecio la política de los residuos que se debe de formalizar en los pasillos en la *Conselleria de Cultura*, antes de acudir a pastelear a los teatros públicos. Antonio no acude nunca, como debería para buscar una producción a cenáculos de teatreros temporeros. No intenta constituir eximias empresas productoras, prescinde de estrenos cuando sirven únicamente para dejarse ver, no pide favores personales porque no le pasa por las narices y también porque como diría Ionesco: *hay un pudor británico*, que le impide a uno hacer ciertas cosas, como por ejemplo: pedir, o exigir airadamente una producción por el riguroso turno de pretendido e incierto escalafón. Díaz Zamora es un ejemplar irreplicable, en forma de patricio valenciano de la *Gran Vía*, en una ciudad cainita que nunca tuvo un Senado. Renunció a instalarse en Madrid, no por falta de méritos artísticos o de medios materiales. Desprecia en su momento probar fortuna en los altares del éxito filibustero de la villa y corte, por una decisión asumida y consciente, pues para llegar al territorio del arte en el teatro lo único que en verdad se precisa, esto sí ineludiblemente, son actores, actrices y textos y de todo esto siempre anduvo más que sobrado. Antonio me dice con resignación: “una práctica de un taller de interpretación en la Escuela de Arte Dramático es igual de dura y extenuante que un montaje profesional, lo única diferencia es que no tenemos ni dinero ni teatro para ofrecerla a la sociedad y se queda en el limbo pedagógico, servirá a quienes la hicieron, para poder hacer más”

**LAUDATIO AL PROFESOR ANTONIO DÍAZ ZAMORA, CON MOTIVO DE SU JUBILACIÓN
COMO CATEDRÁTICO DE INTERPRETACIÓN DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARTE
DRAMÁTICO DE VALENCIA, 22 DE NOVIEMBRE DE 2012.**

Al éxito, a la notoriedad y a la trascendencia de las propuestas en el teatro, a la conexión con el público, Antonio no ha renunciado, en absoluto, pero son estos asuntos difusos, que pueden llegar a ser acaso prescindibles, si es que para ello hay que plegarse al mero encargo trivial o a la censura cotidiana. Es un artista incombustible, reconstituyente y valiente, de asentadas costumbres diarias sagazmente inalterables, que no tiene imperiosa necesidad en pedir nada a las instituciones, —nada en puridad necesita— más allá de su vocación pedagógica, que está resuelta con tenacidad desde que en 1978 le tuvieron que llamar y entregar la cátedra de *Interpretación* y poco menos que dejarle manos libres para que coordinará un nuevo plan de estudios en el viejo Conservatorio con ayuda de un puñado de, entonces, ilusionados docentes. Artista insomne, entregado a su pasión por el teatro hasta la médula, inasequible a los mediocres, capaz de ensayar doce horas seguidas y de seguir dándole vueltas en la cabeza a una escena de regreso hacia su casa a las cinco de la mañana paseando por la *Gran Vía*. Un día de estos *Las salvajes en Puente San Gil* amanecen en el camino de Vera para pedir explicaciones, con la brusquedad que se precisa en estos casos, a las esquivas autoridades educativas y también a las teatrales, sobre esta desidia programada que nos invade.

Nadie debería pensar en la inmediatez, en un ligero malestar, sino en la carga de profundidad. Si acaso alguna vez, algunos de vosotros, tuvo o dejó de tener una desavenencia fortuita con este hombre apasionado, recordad los versos de Lope de Vega en una carta a su protector el Conde de Saldaña, cuando este le hacía los cargos de amigos y compañeros desafectos. Lope le contesta poniendo orden, poniendo paz, en estos versos que se siguen que lo son ahora para Antonio Díaz Zamora:

*Salicio a Lauro enamora
Lauro a Salicio recrea,
Salicio a Lauro desea
y Lauro a Salicio adora.
Sí, desconformes agora,
Píde el mejor de los buenos
Consejo a libros ajenos,
Belardo, así le dirás:
Quien es más, perdone más,
Quien menos, ofenda menos.*

*Lope de Vega, Epistolario**

⁴ Lope de Vega, *prosa III, Epistolario I (1604-1633) Carta de Lope de Vega al Conde de Saldaña, 9 de noviembre de 1608*, Ed. Antonio Carreño, Biblioteca Castro, Madrid, 2008.